

del incremento de las ciudades) tendrá que mencionarse sólo de paso. La afluencia de la población del campo hacia la ciudad es suficiente para medir el bajo porcentaje de reproducción en esta última, y para explicar casi todas las diferencias ya establecidas. Sin embargo, la migración rural-urbana es un tópico que requiere de un análisis por separado, hecho con métodos completamente diferentes a los empleados en el estudio de las diferencias demográficas rur-urbanas.

*Fertilidad.* Hasta ahora ha sido difícil o imposible realizar comparaciones provechosas de los índices de reproducción entre las porciones rurales y urbanas de la población de la mayoría de los países latinoamericanos. En la mayoría de los casos, el uso del recurso denominado "índice de natalidad" para tales propósitos, ha resultado imposible por falta de registros y clasificaciones adecuados. Para que puedan realizarse comparaciones entre los índices de natalidad de las poblaciones rurales y urbanas, se necesitan:

1. Censos adecuados que registren las cantidades y características de la población (particularmente datos sobre las edades y los sexos, clasificados de acuerdo con la residencia urbana o rural); y
2. Registros exactos y completos de los nacimientos, clasificados de acuerdo con la residencia rural o urbana de la madre, y también de acuerdo con las edades correspondientes. Pocos, o casi ninguno de los países latinoamericanos, cuentan con aquellos datos que posibilitarían las comparaciones, y en aquellos en los cuales los datos son adecuados, no existen sociólogos o demógrafos que cuenten con el tiempo, el interés o los recursos financieros necesarios que les permitan realizar las complicadas elaboraciones aritméticas indispensables.

Tampoco ha sido posible, en la mayoría de los países, emplear el índice más simple y más probado, denominado "coeficiente de fertilidad", para efectuar las comparaciones entre los porcentos de reproducción de las áreas rurales y urbanas. Ello se debe, primeramente, a la falta de censos y, en los países que cuentan con ellos, al uso inadecuado de las categorías rurales y urbanas en la clasificación de los datos.

Sin embargo, al aparecer los resultados definitivos del censo de 1950, el uso efectivo en tabulaciones cruzadas de las subdivisiones rurales y urbanas, con datos sobre la edad y el sexo hace posible realizar confrontaciones y comparaciones ventajosas. Por ejemplo, mediante el uso del coeficiente de fertilidad, se pueden medir los porcentos de reproducción rur-urbanos en países tales como

Costa Rica, Cuba, República Dominicana, El Salvador, Haití, Nicaragua, Panamá, Brasil y Ecuador. (Véase la tabla II.) Pueden añadirse a esta lista México, Argentina, Colombia, Paraguay y Venezuela, considerando a sus capitales como centros urbanos y al resto del territorio como población rural, consideración poco satisfactoria y global que nos ayuda a comprender la naturaleza y la magnitud de las diferencias fundamentales en los porcentos de reproducción en las porciones de la población rural y urbana de Latinoamérica.

Las observaciones de la tabla II no permiten dudar de que exista una diferencia considerable en los porcentos de reproducción entre la población rural y urbana de toda Latinoamérica. Diferencias similares a las que se producen entre los porcentos de reproducción de las áreas rurales y los de las ciudades, han sido también característicos, por décadas, en algunos países europeos, en los Estados Unidos de América, en Canadá, en Australia y en Nueva Zelandia. Argentina es el país en el cual las diferencias están más acentuadas, aunque, en este caso, para propósitos de comparación, fue necesario considerar como población rural a toda la del país, con excepción de la de Buenos Aires. Naturalmente es Argentina también el país latinoamericano con el porcentaje general de reproducción más bajo y en el cual el proceso de la urbanización ha alcanzado el más alto grado. De aquí que, en el mundo occidental y en vista de que —al menos hasta la segunda Guerra Mundial— el progreso de la urbanización estuvo acompañado de un descenso precipitado en el índice de la reproducción, haya surgido la siguiente hipótesis: mientras más bajo es el índice general de reproducción, es más acentuada la diferencia rural-urbana en cuanto a coeficientes de fertilidad. Por medio de una simple correlación puede demostrarse que realmente tal es el caso que se representa. Por esto se está justificando para aventurar la hipótesis de que en las próximas décadas las diferencias entre los índices de reproducción rural-urbana tenderán más bien a aumentar que a disminuir. Dentro de los próximos 25 años los patrones actualmente imperantes en Argentina y Cuba, en donde los coeficientes de fertilidad en Buenos Aires y La Habana son sólo la mitad de altos que los correspondientes a las porciones restantes del territorio, llegarán a imperar en países tales como Brasil, Colombia, México, Perú y Venezuela.

*Mortalidad.* Las posibles diferencias de mortalidad en las porciones rurales y urbanas de América Latina son más difíciles de determinar que las diferencias en la fertilidad. Hasta ahora nadie ha descubierto la fórmula que substituya al índice de mortalidad en la medida de la mortalidad, comparable al coeficiente de fertilidad usado en la medición del índice de reproducción.



TABLA II

DIFERENCIAS RURALES-URBANAS EN LOS COEFICIENTES DE FERTILIDAD  
DE LOS PAÍSES LATINOAMERICANOS EN EL AÑO DE 1950

País	Número de niños menores de 5 años por cada 100		Mujeres entre 15 y 44 años
	Áreas urbanas	Distritos rurales	La nación
Costa Rica .....	54.3	86.8	73.9
Cuba <sup>1</sup> .....	41.5	79.2	55.3
República Dominicana .....	54.2	90.9	79.8
El Salvador .....	53.7	76.7	67.4
Guatemala .....	—	—	75.2
Haití .....	36.7	52.0	49.7
Honduras .....	—	—	72.7
México <sup>2</sup> .....	53.9	70.7	68.4
Nicaragua .....	58.5	78.1	70.2
Panamá .....	54.8	92.3	75.4
Argentina <sup>3</sup> .....	24.8	52.9	46.8
Bolivia .....	—	—	68.5
Brasil <sup>4</sup> .....	49.4	77.8	70.5
Chile .....	—	—	56.7
Colombia <sup>5</sup> .....	46.6	72.1	67.6
Ecuador .....	66.8	77.6	75.6
Paraguay <sup>6</sup> .....	42.5	82.8	75.2
Perú <sup>7</sup> .....	53.5	74.6	71.5
Uruguay .....	—	—	—
Venezuela <sup>2</sup> .....	60.3	79.7	76.7

<sup>1</sup> Los datos son para 1953.

<sup>2</sup> Para los propósitos de esta comparación se consideró como urbano al Distrito Federal y el resto del país como rural.

<sup>3</sup> En esta comparación la Capital Federal se consideró urbana, el resto de la Argentina como rural. Los datos son para 1947.

<sup>4</sup> La categoría urbana comprende también a la suburbana.

<sup>5</sup> Se consideró el municipio de Bogotá urbano, el resto de Colombia rural. Los datos son para 1938.

<sup>6</sup> Se consideró Asunción urbana, el resto de la nación rural.

<sup>7</sup> En esta comparación fue considerada la provincia de Lima urbana, y el resto del Perú rural. Los datos son para 1940.

Hasta que esto suceda, el mínimo requerido para realizar una comparación satisfactoria de la mortalidad rural y urbana es el siguiente:

1. Registro completo de defunciones, clasificadas de acuerdo con la edad y el sexo y la residencia rural o urbana de los fallecidos; y
2. Clasificación detallada por edad y sexo, por separado, para la población rural y urbana. De acuerdo con el último Anuario Demográfico de las Naciones Unidas (1955), México, Honduras y Venezuela son los únicos países latinoamericanos en los cuales el registro de las defunciones incluye, aproximadamente, todos los casos. Sin embargo, como hemos descubierto en el estudio de las diferencias en la fertilidad, hasta ahora ninguno de estos países han incluido en sus tabulaciones censales, clasificaciones por edad y sexo de las porciones rurales y urbanas de su población. Por ello, aun cuando existan en otros países tabulaciones detalladas, clasificadas de acuerdo con la edad y el sexo y de acuerdo con la residencia rural o urbana de los fallecidos (para México estas tabulaciones sólo fueron descubiertas por el autor), sería imposible realizar las comparaciones necesarias entre la mortalidad de las áreas urbanas y de los distritos rurales.

A pesar de la falta de datos estadísticos, el autor coincide con las opiniones de observadores (extendidas por toda Latinoamérica) de que los índices de mortalidad de la población urbana son inferiores a los de la rural, tanto en el Brasil como en los demás países latinoamericanos. A pesar de que estas diferencias son contrarias a las imperantes generalmente en aquellas partes del mundo de las cuales existen los datos necesarios, es indispensable explicar brevemente la razón de que sustentemos esta idea.

El reciente y rápido ascenso en la tasa del incremento natural de la población parece deberse al reciente agudo y dramático descenso en el índice de mortalidad y al cambio poco notable en el índice de natalidad. Este descenso en la mortalidad que se ha presentado en Latinoamérica durante los últimos 25 años se debe, a su vez, a la aplicación, en amplia escala, de los modernos conocimientos científicos y sanitarios. Las enfermedades infecciosas, otras causantes de gran porcentaje de defunciones, han sido controladas en gran parte del Continente Americano durante el primer tercio del siglo xx, y durante el segundo se han realizado esfuerzos encomiables en toda la América Latina. Sin embargo, como sucede generalmente con los cambios sociales y culturales, las innovaciones se inician en las ciudades y se extienden lentamente a las áreas rurales. Toda vez que una sociedad se encuentra en intenso movimiento, como actualmente



sucede con el fenómeno de la mortalidad a lo largo de toda Latinoamérica, los nuevos patrones se implantan en la ciudad y los antiguos prevalecen en el campo. Cuando en el campo sean más efectivas las medidas tomadas en contra de la malaria, cuando se adapten los medios necesarios para proteger los abastecimientos de agua y leche; cuando la vacunación y la inyección lleguen a ser consideradas preventivas de las enfermedades, en el campo como ahora lo son en las ciudades y en los grandes poblados, la salud y la mortalidad de la población rural podrán compararse en forma más favorable con las que se presentan en la población urbana. Sin embargo, en la actualidad podemos presentar una conclusión (no definitiva) según la cual los índices de mortalidad de la población urbana son más bajos que los correspondientes a la rural. Esta conclusión también se basa en los resultados de un reciente estudio realizado en Guatemala a base de cálculos aritméticos adecuados, el cual indica que la esperanza de vida al nacer es en el Municipio de Guatemala (en el cual está situada la capital) para los años de 1949-1951 de 46.7 años en relación con sólo 43.6 para la totalidad del país. Si extraemos los datos correspondientes a la capital, los resultados serán, desde luego, para el resto del país, mucho más bajos. En cualquier caso, estos materiales ayudan a sustentar la hipótesis de que la duración media de la vida es mayor en las ciudades que en las porciones rurales de Latinoamérica.

*Diferencias en las Características de la Población.* La composición y características de la población es la segunda gran división en el campo de la demografía, en la cual consideraremos las diferencias que prevalecen entre las porciones rural y urbana de Latinoamérica. Los fenómenos específicos que lógicamente pueden incluirse en este punto son: lugar de origen, grupo étnico y racial, edad, sexo, estado civil, religión, grado educativo y ocupación. Para algunos, los datos faltan; por otra parte, el tiempo y el espacio nos obliga a limitar el estudio.

*Filiación Étnica, Racial y Religiosa, y Lugar de Origen.* Estos cuatro rasgos o características pueden ser tratados en un inciso, ya que sólo se cuenta con datos parciales para realizar la comparación rural-urbana, y, en todo caso, todos son aspectos de una importante generalización sociológica. Esta generalización que procede originariamente del italiano R. Livi y que ha sido reelaborada y refinada por Sorokin y Zimmermann y Smith y otros, sostiene que la población urbana y las porciones urbanas de la sociedad están compuestas, mucho más que las rurales, de elementos y tendencias que proceden del exterior en tanto que la población y sociedad rurales están compuestas, en grado mucho más elevado,

de elementos y tendencias nativas. De acuerdo con lo anterior, sería de esperar que las ciudades latinoamericanas contuvieran proporciones menores que los distritos rurales, de nativos, grupos étnicos y raciales indígenas y de personas afiliadas a las organizaciones religiosas tradicionales. Hasta donde los datos han sido accesibles para el autor, se encuentran expuestos en la tabla III. A

TABLA III

PORCENTAJES DE EXTRANJEROS EN LAS PORCIONES DE LA POBLACIÓN RURAL-URBANA DE LOS PAÍSES LATINOAMERICANOS

País	Año	Total	Porcentaje de extranjeros	
			Urbano	Rural
Costa Rica .....	1950	4.2	5.2	3.6
Cuba .....	1953	4.0	4.9	2.7
R. Dominicana .....	1950	1.6	2.2	1.4
El Salvador .....	1950	1.0	1.8	0.6
Guatemala .....	—	—	—	—
Haití .....	—	—	—	—
Honduras .....	1950	2.4	—	—
México <sup>1</sup> .....	1950	0.7	2.1	0.5
Nicaragua <sup>2</sup> .....	1950	0.2	2.0	0.3
Panamá <sup>3</sup> .....	1950	6.2	11.8	2.2
Argentina <sup>4</sup> .....	1947	15.3	27.5	12.5
Bolivia .....	—	—	—	—
Brasil <sup>5</sup> .....	1950	2.4	11.5	1.5
Chile .....	—	—	—	—
Colombia <sup>6</sup> .....	1938	0.8	1.9	0.7
Ecuador .....	1950	—	—	—
Paraguay <sup>7</sup> .....	1950	3.9	5.2	3.7
Perú <sup>8</sup> .....	1940	1.2	4.9	0.6
Uruguay .....	—	—	—	—
Venezuela .....	—	—	—	—

<sup>1</sup> El Distrito Federal considerado urbano, el resto de México, rural.

<sup>2</sup> Sólo del Departamento de Managua.

<sup>3</sup> Las provincias de Panamá y Colón consideradas urbanas, el resto de Panamá, rural.

<sup>4</sup> La Capital Federal considerada urbana, el resto de Argentina, rural.

<sup>5</sup> El Distrito Federal considerado urbano, el resto de Brasil, rural.

<sup>6</sup> El Municipio de Bogotá considerado urbano, el resto de Colombia, rural.

<sup>7</sup> Asunción considerada urbana, el resto de Paraguay, rural.

<sup>8</sup> El Departamento de Lima considerado urbano, el resto del Perú, rural.



pesar de todas las improvisaciones y cambios necesarios para asegurar los datos parciales, los resultados son bastante claros. En toda Latinoamérica, como sucede generalmente en todo el mundo, las personas de origen extranjero se concentran, en gran porcentaje, en los distritos urbanos. Las mismas fuerzas que han contribuido a que se concentren los extranjeros en la ciudad de México al grado de representar el 2.1 % de la población del Distrito Federal en 1950, frente a sólo el 0.3 % correspondientes al resto de los habitantes de México, han sido asimismo fuerzas operantes en los demás países estudiados. En Brasil el número es muy alto: 11.5 % de los habitantes del Distrito Federal son extranjeros, frente al 1.5 % correspondiente al resto del país; lo mismo sucede en Argentina, con 27.5 % en Buenos Aires y 12.5 % en el resto de la nación.

El idioma o idiomas maternos, constituyen otra de las pautas que nos permiten considerar hasta qué punto se concentran en los distritos rurales los elementos socio-culturales nativos y en las áreas urbanas los nuevos o extranjeros. Muchos de los países latinoamericanos han recogido en sus censos información acerca del idioma materno, pero ninguno la ha presentado separadamente para las porciones rurales y urbanas de la población. A pesar de esto, las diferencias no son tan pronunciadas que no permitan establecer, aunque sea, aproximaciones muy globales, acerca de esta dicotomía rural-urbana. La generalización queda suficientemente ejemplificada con los datos de México y Paraguay. De acuerdo con el censo mexicano de 1950, los datos correspondientes a la población de 5 años y más son los siguientes: en la totalidad del país, el 88.3 % de la población hablaba sólo español, en tanto que en el Distrito Federal la proporción fue de 97.6 %; 3.7 % de la población de México hablaba sólo idiomas indígenas, pero, en el Distrito Federal, el porcentaje correspondiente fue de 0.01; en la totalidad de la nación 7.6 % de la población hablaba tanto español como una lengua indígena, en comparación con 0.7 % correspondiente a la población del Distrito Federal. Por otra parte, en la totalidad del país sólo 0.5 % de los consignados en el censo de 1950 hablaban una lengua extranjera, exclusivamente o aparte del español, pero en el Distrito Federal el porcentaje correspondiente fue de 1.7.

Aún más inesperados son los datos en el Paraguay. En aquel país, en el año de 1950, de 1.199.371 personas de 3 años o más, 4.7 % hablaban sólo español, 40.1 % guaraní, 53.8 % español y guaraní y 1.4 % otros idiomas. En Asunción, la capital (y única ciudad de importancia), 12.6 % de la población hablaba sólo español, 76.1 % español y guaraní y sólo 10.6 % guaraní únicamente. En el resto del país los porcentajes correspondientes fueron los siguientes: sólo español, 3.2 %; español y guaraní, 49.5 %; únicamente guaraní, 45.7 %. Paraguay constituye un caso especial debido a que es un país eminentemente

bilingüe, pero, aún así, los distritos rurales conservan, en alto grado, el uso de la lengua nativa, en tanto que, a pesar de los cuatro siglos de influencia europea, el uso del español ha quedado restringido a la capital del país.

Si el espacio lo permitiera, el análisis de los grupos étnicos, de la composición racial y de la afiliación mostrarían diferencias muy similares: persistencia de elementos nuevos y extranjeros en la ciudad.

*Diferencias en las Edades.* Generalmente, en todo el mundo la distribución por edades de la población urbana difiere substancialmente de la rural; y, por lo que respecta a la situación en Latinoamérica, no encontramos gran discrepancia a la regla universal. En Brasil, México, Argentina, Colombia, Perú y Cuba, y en los otros catorce países, los centros urbanos atraen de los distritos rurales grandes contingentes de personas que se encuentran en el umbral de su vida adulta. Además, como ya ha quedado expuesto, los índices de natalidad en los centros urbanos son mucho más bajos que en los distritos rurales. Como resultado de estos dos factores, el campo presenta siempre altas proporciones de jóvenes menores de 15 años, en tanto que las ciudades contienen, en mucha mayor proporción, personas con edades comprendidas entre los 15 y los 60 años.

Bajo ciertas circunstancias —como las que prevalecieron en los Estados Unidos de América entre los años de 1900 y 1930— la ciudad puede contener proporciones marcadamente más bajas de ancianos que el campo. Cuando ello ocurre, se debe a uno u a otro o a los dos factores siguientes:

1. El movimiento hacia los distritos urbanos de los territorios rurales o de los inmigrantes extranjeros ha sido durante los últimos 15 ó 20 años mucho más intenso que con anterioridad; y
2. Existe tendencia pronunciada en las personas cuya edad se acerca a la indicada para pensionarse, a buscar un lugar en el campo en el cual puedan transcurrir el resto de su vida. El autor desea observar que el último factor opera en Latinoamérica sólo en corta escala.

Hemos indicado repetidamente en este estudio que muchos de los países latinoamericanos han usado poco, en tabulaciones cruzadas, las clasificaciones rurales-urbanas de la población en relación con otras características de la misma. Debido a ello, en la mayoría de los países, tenemos que emplear gran variedad de improvisaciones, si deseamos realizar comparaciones de la composición por edades entre la población urbana y la rural. Sin embargo, ya en 1940 Panamá usó las categorías rural y urbana como parte de las tablas analíticas preparadas para publicarse en los reportes censales. En 1950, se unieron a